

vadores que le repudiaban y los republicanos que acusaban sus relaciones sospechosas con el Palais-Royal, Guérault no tardó en sentir que el terreno se le hundía bajo los pies. Lo que caracterizó la lucha en esos barrios fué la intervención del candidato católico Cochin. Ya hemos citado á este hombre, uno de los más honrados de su época, uno de esos cuyo destino incompleto merece ser más lamentado. Hallábase entonces en la madurez de su edad; era igualmente apto para pensar y para decir bien, laborioso y activo, de sentido recto, y tomaba parte en todo lo que se realizaba de útil, caritativo y bueno. Se persuadió de que sus servicios, añadidos á los de sus padres (pues la abnegación era hereditaria en la familia), le daban derecho á intervenir en los negocios de su país. Como en él no había nada que ocultar, las reuniones electorales, con su publicidad, lejos de asustarlo, lo atrajeron. Presentóse en ellas con una firmeza suave, como cristiano que cumple con un deber y como ciudadano que ni teme ni busca las tormentas. Maravillaba el ver, débil de cuerpo é intrépido de alma, pronto á la réplica, infatigable, leal hasta el candor, cortés hasta la más exquisita urbanidad, tan pronto ingenioso como sentimental, unas veces elevado y otras familiar, hábil en confundir á sus adversarios por medio de la elocuencia, y hábil también en desarmarlos con sus ocurrencias, porque nadie le ganaba en ingenio. Desde la segunda noche se levantó una especie de objeción, poco distinta desde luego y murmurada como de concierto por varias voces. Pronuncióse luego la palabra *Syllabus*, que fué repetida con la enervante persistencia de un estribillo. «¿Qué piensa el Sr. Cochin del *Syllabus*?» preguntó un elector. Veinte más repitieron la pregunta. Ya se había dado con el medio de obstrucción. Aquella noche, el candidato decía á sus amigos: «Creo que el *Syllabus* será el fusil de aguja contra mi candidatura.» Durante quince días, el fusil de aguja tiró sin cesar, y sus detonaciones fueron tan fuertes que dominaron todos los demás ruidos. De este modo iba á ser eliminado de la vida pública el único candidato que pertenecía realmente á la ciudad de París por el domicilio transmitido de padres á hijos, por la abnegación tradicional y por los constantes hábitos de beneficios.

## X

«Se esperan aquí elecciones increíbles,» escribía Mérimée á Panizzi el 7 de mayo de 1869. Ese temor era la expresión de un sentimiento muy general. Los resultados no respondieron á esta aprensión. Otra vez las masas rurales ahogaron á los sufragios hostiles en la corriente en sus sufragios aprobatorios.

No solamente salvaron al imperio, sino que le permitieron proclamarse victorioso.

Monárquicos, orleanistas, eclécticos de todos matices, todos resultaban envueltos en una común derrota. Según los cálculos más fidedignos, el centro izquierdo y el tercer partido conquistaron unas veinte diputaciones nuevas: entre los elegidos figuraban hombres tan notables como Darú, Keller y Barante. En cambio habían experimentado sensibles derrotas: las pérdidas más lamentables eran las de Pouyer-Quertier y de Lambrrecht. Emilio Ollivier, derrotado en el departamento

del Sena, triunfó en el Var. Thiers, después de un empate, acababa de ser elegido en París. En cuanto á los hombres de los partidos extremos, habían logrado hacer mucho ruido; pero, á última hora, los electores habían retrocedido ante las supremas temeridades. Cinco ó seis nombres personificaban, como Raspail, el llamamiento al desorden, ó como Bancel, Esquirós, Gambetta y Ferry, el radicalismo en las doctrinas. La izquierda democrática, en su conjunto de unos treinta miembros, se compondría de republicanos burgueses, poco diferentes de los que se habían visto en la última asamblea. Julio Favre, tan combatido, triunfó en el segundo escrutinio, lo mismo que Garnier-Pagés. Entre los demás elegidos de París figuraban Picard, Simón y Pelletán. Era, como se ve, el antiguo personal, aunque apenas repuesto de rudos ataques. Descontadas esas pérdidas, en el resto de la Cámara iba á encontrarse la antigua mayoría que aún podría dominar como antes, con la condición de seguir teniendo confianza en sí misma y encontrar jefes para dirigirla.

Si no se consideraba más que la estadística, el gobierno podía felicitarse. Pero he aquí lo que reveló la decadencia del imperio: victorioso, Napoleón no pudo darse la entera seguridad que nace de la victoria, ni comunicar esa seguridad en torno de él.

En el público sobrevivió al escrutinio el recuerdo de las palabras facciosas que se habían oído. El resultado material era tranquilizador; pero, por vez primera, el ejército del desorden había desplegado sus cuadros. ¿Cuál sería el desenlace cuando, mejor organizado, mejor preparado, sobre todo, renovase la batalla? Ciertas cifras provocaban comentarios cavilosos; Rochefort había sido derrotado, pero, con sus catorce mil votos, ¿cómo se había acercado al éxito! Raspail, elegido en Lyon, había tenido en París cerca de quince mil sufragios. Hasta Cantagrel reunió siete mil votos. Bancel y Gambetta no habían triunfado solamente en la capital, sino que también resultaban elegidos el primero en Lyon y el segundo en Marsella. En el Mediodía habían reaparecido varios nombres que se creían olvidados; tal era el de Alfonso Gent, que había reunido trece mil votos en Vaucluse. Radicales y socialistas no habían forzado la entrada del Palacio Borbón, pero se quedaban á la puerta, y el peligro parecía más bien diferido que conjurado.

Graves desórdenes materiales prolongaron la turbación de los espíritus. Las elecciones de empate habían terminado el 7 de junio. En la noche de aquel día, conocida la derrota de Rochefort, formáronse grupos en el barrio de la Sorbona y en la plaza del Hotel-de-Ville. Luego la agitación fué y se concentró en el bulevar Montmartre. Al principio las manifestaciones fueron inofensivas. Sin embargo, habiendo querido un comisario de policía hacer evacuar un café, sus agentes fueron acometidos y él mismo resultó herido.

La animación, producida por la lucha reciente, podía, en rigor, explicar aquel tumulto. Al día siguiente, 8 de junio, á la caída de la tarde, se renovaron los mismas escenas en los mismos sitios: el público asaltó los kioscos, prendió fuego á los periódicos reaccionarios, entonó la *Marsellesa* y no se restableció la tranquilidad hasta muy entrada la noche.

Esperábase que aquellos simulacros de motines habrían acabado. Pero sucedió lo contrario. El día 9, al

anochecer, formáronse numerosos grupos en los bulevares. El calor echaba á los parisienses fuera de sus estrechas viviendas. Por todas las calles adyacentes los paseantes afluyeron, y los grupos se convirtieron en un gentío compacto. La efervescencia era grande, sobre todo en las inmediaciones de las oficinas del *Rappel*. Operáronse varias detenciones, pero un poco al azar, pues los curiosos se mezclaban con los agitadores y les facilitaban los medios de huir. Al mismo tiempo, Belleville se agitaba: cerráronse las tiendas, fueron desenganchados los caballos de los ómnibus y prendióse fuego á la empalizada de un taller y á un kiosco de coches de punto. Luego una partida de tres ó cuatro mil hombres (1) se dirigió hacia la Bastilla dando vivas á la República, hasta que fué dispersada por la guardia de París.

El 10 por la mañana un bando de la autoridad anunció que la ley sobre los grupos tumultuosos sería rigurosamente aplicada. Transcurrió el día no sin inquietud. Lo que era simple tumulto podía convertirse en motín de un momento á otro. El emperador llamó al prefecto de policía para que le enterase de todos los incidentes. Por la noche, y por cuarta vez, se reprodujo el mismo irritante espectáculo. En Belleville fueron saqueadas varias casas. En los bulevares se empezó una barricada delante del teatro de Variedades, y la fuerza pública, cesando al fin de guardar contemplaciones, envolvió la barricada y prendió á más de quinientas personas.

¿Cuándo iban á cesar los trastornos? Nadie se atrevía á esperar su fin. El 11, es decir, el quinto día, hubo las mismas aglomeraciones de gente, los mismos gritos sediciosos y las mismas represiones. Los tenderos se irritaban y en algunos puntos se ofrecían á auxiliar á los agentes de orden público: los burgueses, atraídos desde luego por el tumulto, recelaban de un *sport* que se hacía peligroso á causa de la exasperación de los individuos de la policía. En esto, varios chubascos retuvieron oportunamente en sus casas á los perturbadores y á los curiosos. De este modo se restableció la tranquilidad, después de una semana de escaramuzas. La oposición, sin prueba alguna y sin la menor sombra de verosimilitud, no dejó de acusar al gobierno de haber fomentado la sedición para explotarla. Mientras tanto, desde el fondo de su provincia, los conservadores recogían las noticias, las abultaban en su imaginación, observaban que al cabo de diez y siete años la paz pública era turbada por primera vez, y, comparando el presente con el pasado, experimentaban un principio de duda, un principio de desconfianza, respecto á un poder que, después de haber desplegado tanta energía, ya no sabía aterrorizar á sus enemigos.

Estaba escrito que para Napoleón envejecido no pasaría día sin disgusto. Apenas apaciguada la pequeña rebelión de los bulevares, un suceso deplorable proporcionó á los partidos extremos una ruidosa ocasión de indignarse.

El día 11 de junio estalló una huelga en la cuenca carbonífera de Saint-Etienne. No cabe duda que fué fomentada por agentes venidos de fuera, pues no la precedió ninguna de las reclamaciones habituales para

aumento de salario ó disminución de horas de trabajo. Además se había visto á hombres ajenos á la mina ir de pozo en pozo como para llevar una consigna. Desde el primer momento se gritó «¡Viva la Roja!» se cantó la *Marsellesa* y se pegaron carteles para intimidar á los obreros pacíficos. Los cabecillas se opusieron á que los trabajadores bajasen á las galerías y cargasen la hulla, manifestando la pretensión de detener el trabajo de las máquinas de agotamiento. Tales disposiciones presagiaban violencias. Llegaron á la cuenca carbonífera varios destacamentos del 4.º y 17.º regimientos de línea procedentes de Vienne y de Saint-Etienne. Las tropas fueron acogidas con gritos de «¡Vivan los soldados! ¡Al pozo los oficiales!» Las mujeres se acercaban á los soldados y les decían: «¡Tirad si os atrevéis!» Durante dos días, abundantes lluvias hicieron disminuir los grupos y por aquella parte quedó conjurado todo conflicto. En la noche del 15 al 16 de junio una compañía del 4.º regimiento de línea guardaba el pozo de la Ondaine, cuando sobrevino una partida que se opuso á la carga de carbón. Como los grupos aumentaban y eran cada vez más tumultuosos, el capitán Gausserand, que mandaba el destacamento, hizo prender á unos cuarenta amotinados de los más revoltosos. Al llegar la compañía que había de relevarlo, colocó á los prisioneros en medio de sus soldados y se dirigió hacia Saint-Etienne. Mientras tanto, la noticia de la detención había circulado por todos los establecimientos carboníferos. Para llegar á la ciudad había que pasar por un camino hondo, llamado camino del *Brúlé*, cerca de Ricamarie. Hombres, mujeres y niños, reunidos en gran número, fueron por atajos hasta ganar la delantera á la tropa y trataron de cortarle el camino. Otros, desde lo alto de las escarpas, interpelaban á los soldados. A las tentativas de soborno y á las amenazas siguieron los insultos y luego las pedradas. De todas partes acudían obreros, de modo que la columna iba á verse pronto envuelta. Muchos mineros iban armados: varios soldados recibieron perdigonazos; á uno de ellos le atravesó el brazo una bala de pistola. Todas las tentativas de apaciguamiento se perdían en medio del tumulto. El comandante de la compañía no se atrevía aún á recurrir á las medidas extremas. Los soldados se adelantaron á la orden de su jefe. Partió un tiro, seguido de una descarga general. Afortunadamente, muchos dispararon al aire, pues en aquella masa compacta ni una sola bala se hubiese perdido. De la muchedumbre salieron gritos terribles, seguidos de una huida loca. Diez muertos yacían en el suelo, amén de los heridos. Tal fué la *catástrofe de la Ricamarie* (2).

Despertar de los partidos extremos, simulacros de motines, huelga sangrienta, todo contribuía á agitar á los espíritus que el resultado de las elecciones hubiera debido tranquilizar. En tales coyunturas, el público se volvía instintivamente hacia el gobierno, acostumbrado como estaba, desde hacía diez y siete años, á confiar en él. Por desgracia, si el país abrigaba incertidumbres sobre su ruta, el emperador parecía buscar á tientas la suya.

(2) Proceso de la huelga de los mineros del Loira (Tribunal correccional de Saint-Etienne, audiencias de los días 2-7 de agosto de 1869). — Véase también el *Journal Officiel*, 19 de junio de 1869.

(1) *Journal officiel*, 14 de junio de 1869.



¿Quería éste mantener el *statu quo* ó completar la evolución liberal? Ciertas palabras ó actos contradictorios autorizaban igualmente uno y otro pronóstico. El 16 de junio publicó una carta del príncipe en el periódico *Le Peuple*. Iba dirigida al Sr. de Mackau, nuevo diputado del Orne. En esta carta el emperador proclamaba que «las concesiones de principios ó los sacrificios de personas son siempre ineficaces en presencia de los movimientos populares, y que ningún gobierno que se respete debe ceder á la presión, ni al impulso ajeno, ni al motín.» Al mismo tiempo, siete periódicos de París y veintidós de provincias fueron procesados. Comentóse mucho el nombramiento de Jerónimo David, uno de los miembros más considerables de la derecha, designado á la vez como vicepresidente de la Cámara y nombrado gran oficial de la Legión de Honor. En vista de todo esto, el público creyó en un retroceso hacia las antiguas tradiciones. Pero ¿a quién creer? Schnéider, que patrocinaba la evolución liberal, preocupóse vivamente de los favores acumulados sobre Jerónimo David y hasta habló de renunciar á la presidencia del Cuerpo legislativo. Pero el emperador, dispuesto á las confidencias epistolares, se apresuró á manifestarle solemnemente su confianza. En una carta, que vió la luz pública como la dirigida á Mackau, le aseguró «que lo mismo después que antes de las elecciones continuaría la obra que había emprendido, á saber, la conciliación de un poder fuerte con instituciones sinceramente liberales.» «Cuento con vuestra abnegación, añadia, para ayudarme en el cumplimiento de esta tarea.»

En 28 de junio, el Cuerpo legislativo se reunió en sesión extraordinaria para la validación de actas. En medio de rumores contrarios, esperóse con impaciencia el discurso del emperador. Abierta la sesión, Rouher subió á la tribuna y con voz algo fatigada leyó la declaración del gobierno. El mensaje era corto, sin relieve, sin brillo, pero terminaba con la promesa de una reforma en las instituciones. «En las sesiones ordinarias, el gobierno someterá á la alta apreciación de los poderes públicos las resoluciones y proyectos que le hayan parecido más propios para realizar los deseos del país.» Esta frase excitó la curiosidad sin satisfacerla. El compromiso era muy vago y para un plazo indefinido. Una singularidad dominaba á todo lo demás. ¿Por quién estaban formuladas las promesas del imperio liberal? Por Rouher, servidor del imperio autoritario.

En tales circunstancias, un importante grupo del Cuerpo legislativo se propuso activar por su propia iniciativa las resoluciones imperiales. En 1866, cuarenta y dos diputados, con una enmienda al proyecto de mensaje, habían invitado al soberano á emprender la vía liberal. En la nueva Cámara se renovó el proyecto. Pero ¿cómo habían cambiado las condiciones! Los cuarenta y dos diputados habían sido tratados como sospechosos, casi como enemigos, y en términos muy solemnes Rouher había conjurado á la mayoría que se separase de ellos: tres años después, la libertad parecía la doctrina del porvenir, tanto que los hábiles y los ambiciosos ponían todo su arte en celebrarla. En 1866 aún reinaba la costumbre de atribuirlo todo al emperador: en 1869 no se hablaba más que de repudiar al

*gobierno personal*. Un temor dominaba á los diputados, aun á los menos fieles, el temor de que el gobierno se atribuyese todo el mérito de la evolución liberal y pareciese llevar á remolque al Cuerpo legislativo. Habiéndose proyectado una interpelación con el objeto de precisar las reformas y activar su planteamiento, afuyeron las adhesiones con un celo que excedió á todos los cálculos. Sorprendidos y encantados de pronto, los antiguos miembros del centro izquierdo no tardaron en asustarse de su propio triunfo; ya se sentían como perdidos en un nuevo partido constitucional, de cuadro vastísimo y muy vago, en el cual estarían en minoría. Los periódicos anunciaron setenta firmantes, luego noventa y finalmente más de cien. Ciertas adhesiones fueron comentadas como un indicio de las disposiciones del soberano: tales fueron las de Mackau y del duque de Mouchy. Este se había convertido en aliado de Napoleón merced á su reciente matrimonio con la princesa Murat. El ejemplo fué contagioso y el número de firmas se elevó á ciento diez y seis. Desde aquel momento no se habló más que de la interpelación, de la interpelación de los *Ciento diez y seis*, como se la llamaba; y la única preocupación consistió en conjeturar cuál sería la contestación del príncipe á la invitación del Palacio Borbón.

## XI

La espera no fué larga. En presencia del deseo de sus amigos más fieles, el emperador repudió toda nueva dilación. El 12 de julio, al principio de la sesión parlamentaria, Rouher subió á la tribuna y leyó un mensaje que consagraba en sus partes principales el programa de los 116.

Las reformas anunciadas se referían todas al mismo asunto, á saber, el desarrollo de las atribuciones legislativas. Restituíase á la Cámara electiva el privilegio de hacer su reglamento interior y nombrar su mesa. El derecho de enmienda, hasta entonces muy limitado, sería más amplio y fácil. De todas las leyes, la más importante era la ley anual de hacienda: los presupuestos serían votados en lo sucesivo, no por grandes divisiones, sino por capítulos. Además todas las modificaciones de tarifas, estipuladas en los tratados internacionales, no serían valederas sino mediante el asentimiento del Cuerpo legislativo. El derecho de interpelación sería ampliado. Finalmente, el cargo de diputado cesaría de ser incompatible con el de ministro. El mensaje daba á comprender que las atribuciones de la alta Cámara aumentarían igualmente. Al desprenderse de una parte de sus poderes, el emperador cuidaba bien de señalar donde se tendrían sus concesiones. En términos claros y precisos se reservaba «las prerrogativas que el pueblo mismo le confiara y que eran esenciales para la salvaguardia del orden y de la sociedad.» Por lo demás, la declaración imperial no era más que un proyecto. Sólo un senado-consulta tendría la virtud de transformar en ley del Estado lo que Napoleón se había propuesto establecer. A este efecto, la alta Cámara había sido convocada para el 2 de agosto.

Lo que el decreto de 24 de noviembre de 1860 había empezado, lo que había continuado la carta de 19 de enero de 1867, el mensaje de 12 de julio de 1869 lo

completaba. Estos tres actos, inseparables unos de otros, señalaban las tres etapas de la evolución liberal. Lo que acentuaría las concesiones imperiales sería la elección de los hombres encargados de inaugurar el nuevo régimen. ¿Se perpetuaría el mismo personal? O bien ¿el emperador, resuelto á renovarlo todo, buscaría en otra parte sus instrumentos? En 13 de julio se supo que la legislatura extraordinaria del Cuerpo legislativo era prorrogada y que los ministros habían entregado su dimisión en manos del soberano. El *Journal officiel* llevó á los diputados que se habían ido á sus respectivas provincias los nombres de los consejeros designados por el emperador. La nueva combinación pareció anodina por los que en ella figuraban, y muy notable por un personaje que en vano se buscaba en ella. El ministerio de Estado quedaba suprimido y desaparecía, por tanto, de la escena el que había sido su omnipotente titular. El largo reinado de Rouher había concluido.

## XII

Con el acto del 12 de julio, Napoleón acababa de abdicar muy noblemente los restos de su poder absoluto. Además había separado á su principal ministro. Consumado su sacrificio, el príncipe, de pronto, se detuvo como asustado de su propia audacia. En el momento de romper para siempre con los antiguos procedimientos y con los antiguos servidores del reinado, volvió á sentirse perplejo y quiso mantener un lazo entre el porvenir y el pasado, persuadido, sobre todo, de que, prolongando el estado de transición, facilitaría la transición misma. Ninguna temeridad hubiera sido tan fatal como esta inoportuna circunspección. En vez de ofrecer al país una solución, el emperador no hizo más que abrir un verdadero interregno.

La composición del nuevo ministerio fué la primera señal de tan sensible contemporización. Rouher había sido excluido de él, y esto era lo único claro. Las diversas carteras se hallaban repartidas entre personajes muy honorables y de mucho talento, pero yuxtapuestos unos á otros, sin que fuese posible adivinar el motivo que los había agrupado en una misma combinación. Los ministros nuevos eran el Sr. Duvergier, que substituíó á Baroche en la Justicia; el príncipe de la Tou d'Auvergne, que sucedía á La Valette en los Negocios extranjeros; Bourbeau, llamado á la Instrucción pública en sustitución de Duruy; Alfredo Le Roux y Chas seloup-Laubat, que recogieron, aquél el ministerio de Agricultura y éste la presidencia del consejo de Estado, vacante por la salida de Vuitry. Ninguno de los nuevos ministros tenía una significación política marcada. Bourbeau y Le Roux eran los únicos que pertenecían á la Cámara, como si á guisa de ensayo se hubiese querido entreabrir para los diputados la puerta de los ministerios, pero sin abrirla aún del todo. La retirada de La Valette y, sobre todo, la de Duruy podían ser interpretadas como una concesión hecha á los católicos, siempre algo inquietos por los asuntos romanos y preocupados siempre por las cuestiones de enseñanza. Los demás ministros conservaban sus carteras. Lo que más llamó la atención fué que continuase en el gabinete el señor Forcade La Roquette, que regentaba la cartera

del Interior. En las últimas elecciones generales, este ministro había practicado todos los antiguos procedimientos de la candidatura oficial. Si el soberano había querido renovar su gobierno, ¿no debió empezar por separar á este consejero? El ministerio parecía una solución interina, pero contestable y desacertada, mientras se buscaba una solución definitiva. Sin duda éste liquidaría el pasado para ceder luego el puesto á otros que personificarían el porvenir. Así hablaban los periodistas y el público, menos atentos á expedir á los nuevos consejeros del príncipe su partida de nacimiento que á prepararles su partida de defunción.

Una lastimosa circunstancia hizo perder en parte á Napoleón el beneficio de sus generosos pensamientos. Se indispuso con el Cuerpo legislativo precisamente cuando lo colmaba de dones. El día 12 de julio se había leído el mensaje, y el día siguiente se había publicado el decreto que suspendía indefinidamente la Cámara. Aún no había terminado el examen de las actas. Los diputados no proclamados todavía (y eran más de cincuenta) experimentaron gran disgusto á la idea de presentarse de nuevo ante sus electores sin que su mandato hubiese sido confirmado. Muy mortificados por esta condición equívoca, se dirigieron al emperador que les prodigó buenas palabras, pero mantuvo su decisión. Así desatendidos, se volvieron á sus provincias, no con el recuerdo agradecido de sus atribuciones ampliadas, sino con la impresión desagradable de una brusca despedida. La verdad es que era grande el contraste entre el mensaje que confería al Cuerpo legislativo derechos casi soberanos, y el decreto que, al día siguiente, imponía á este mismo Cuerpo legislativo una súbita interrupción de sus más urgentes trabajos. Así es que las huellas del poder personal se veían á través de los actos mismos que parecían denegarlo.

Esta conducta algo indecisa alentaba á los consejeros oficiosos. Los amigos del Imperio se dividían en una infinidad de grupos, y cada grupo proponía su solución. *El Pueblo francés*, según su fórmula habitual, invitaba al emperador á que hiciese las cosas en grande, mostrándose demócrata y progresivo. *El Constitucional*, muy osado ahora, se pronunciaba contra las cosas hechas á medias y que lo comprometían todo, y juzgaba que con amplias reformas se reconquistaría la seguridad y la confianza. Por el contrario, *Le Pays* criticaba mucho á los 116 y pretendía con extremada impertinencia que la mayor parte de ellos no habían sabido lo que firmaban. Por su parte, los periodistas de oposición se asombraban de aquel ministerio heterogéneo en que antiguos agentes de la reacción serían llamados á practicar la libertad; y preguntaban con ironía quién iba á ser el Benjamín Constant que redactase la constitución adicional del segundo Imperio.

A últimos de julio se vió á los senadores encaminarse hacia el Luxemburgo, donde llegaron harto melancólicos. Habían cesado de creer en la Constitución antigua, sin creer mucho en la virtud de una Constitución remozada; estaban asustados de los progresos de los demagogos — de los *rojos*, como les llamaban, — y les tenía sobre todo de muy mal humor el que les hubieran arrancado á su veraneo. Muy perplejo sobre las cuestiones de personas, Napoleón había mostrado un criterio muy amplio respecto á la reforma de las insti-